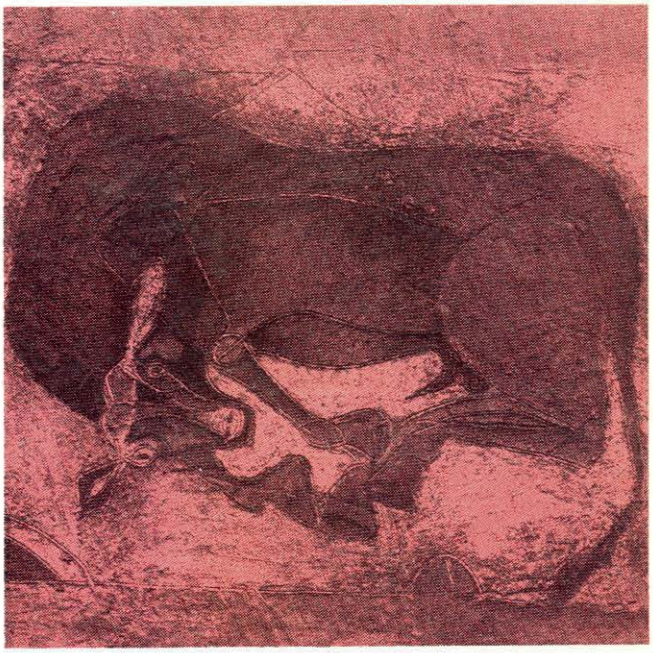
NUEVA REVISTA DE FILOSOFIA Y LETRAS

THESIS

13

- Carlos R. Margain
  SISTEMA CALENDARICOS MESOAMERICANOS
- María Andueza y Margo Glantz SOBRE CALDERON DE LA BARCA
- Alberto Hijar
  LA ESTETICA DE KANT
- Un texto de Angelina Muñiz
- Alicia Axcirod Korenbrat
  SARTRE Y LA CUESTION JUDIA
- Juan Coronado
  LA NARRATIVA DE LA REVOLUCION MEXICANA
- La tradición presente:
  Julio Jiménez Rueda



40.00 pesos
abril / 1982

THESIS

Nueva Revista de Filosofía y Letras.
Año IV, Número 13
Abril / 1982

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:
Dr. Octavio Rivero Serrano
Secretario General:
Lic. Raúl Béjar Navarro
Secretario General Administrativo:
C.P. Rodolfo Coeto Mota
Abogado General:
Lic. Ignacio Carrillo Prieto

Facultad de Filosofía y Letras

Director:
Dr. José G. Moreno de Alba
Secretario General:
Dr. José Pascual Buxó
Secretario de Extensión Académica:
Lic. Gonzalo Celorio

THESIS NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS
Publicación trimestral de la
Facultad de Filosofía y Letras

Director: Abelardo Villegas
Editor: Benjamín Villanueva
Consejo de Redacción: José Pascual Buxó, Juliana González, Benjamín Villanueva
Secretaria de Redacción: Elsa Cross
Diseño de ilustraciones: Berta Kolteniuk

Indice

CARLOS R. MARGAIN
Sobre sistemas calendáricos mesoamericanos 3

ANGELINA MUÑIZ
De la crisálida del limo escapará la mariposa 33

ALBERTO HIJAR
La estética de Kant hoy y para México (apunte) 34

ALICIA AXELROD KORENBROT
El desconcierto de Sartre 37

JUAN CORONADO
La narrativa de la Revolución Mexicana 44

MARIA ANDUEZA
Homonimia y polisemia de la palabra sueño en **La vida es sueño** ***de Calderón de la Barca*** 52

MARGO GLANTZ
Bestiarios de caza y guerra 62

La tradición presente:
JULIO JIMENEZ RUEDA
En el centenario de San Juan de la Cruz 66

Notas y Reseñas
GUSTAVO ESCOBAR:
México en el horizonte liberal 73

VERA VALDES LAKOVSKY:
Ezequiel A. Chávez, de Juan Hernández Luna 74

ALICIA AXELROD KORENBROT

El desconcierto de Sartre

Después de la Segunda Guerra Mundial el hombre ha de ser diferente aunque todavía no sabemos de qué manera. Todos somos sobrevivientes del holocausto instrumentado por los nazis y de la bomba atómica lanzada por los estadounidenses; la tecnología puesta al servicio de la muerte para hacerla más eficiente, más rápida, más limpia.

Los nazis señalaron y singularizaron a los judíos y centraron su ideología en torno al antisemitismo. Reconocer esto hace aparecer el crimen de los nazis contra la humanidad y es precisamente por esta particularidad que la experiencia de los judíos como judíos es importante para toda la humanidad. Los judíos fueron las primeras víctimas de las fábricas de muerte que ambicionaban la "solución final del problema judío", fueron las primeras víctimas, pero no las únicas. Porque es excepcional, el destino de los judíos marca la historia de todos.[1]

Los sobrevivientes directos del Holocausto salieron con las manos vueltas hacia la búsqueda de una vida humana y no levantadas en un gesto de venganza; sus bocas selladas por el horror de las vivencias que rompían las posibilidades de todos los lenguajes; sus brazos con el tatuaje testimonio de la ilimitada capacidad para el mal que guarda el hombre; sus ojos, por siempre, un abismo de sufrimiento.

Pero el antisemitismo no se dispersó con el humo de los crematorios. Después de la guerra los antisemitas bajaron el tono, ocultaron el rostro, el recelo y quizas el temor. Silenciosamente vieron volver a los judíos. Los que no eran antisemitas también los vieron volver en silencio, tal vez el silencio ocultaba vergüenza y desconcierto.

Hoy, treinta y seis años más tarde, el monstruo de armas infinitas, el antisemitismo, vuelve altivo a la calle y mata judíos porque son judíos.

En Austria, Francia y Bélgica explotan bombas frente a las sinagogas; en Estados Unidos y Alemania las botas negras y las suásticas se presentan públicamente; en Rusia, los papeles de identificación llevan el sello de judío, se proscribe la cultura judía, las universidades tienen numero *clausus* y bajo el nuevo nombre de antisionismo se agrede y encarcela a los judíos. En el Medio Oriente, bueno, en el Medio Oriente otros semitas no pueden ser antisemitas y son antisionistas con el beneplácito y el alimento de las intrigas internacionales, además del peligro de muerte y las terribles condiciones que tienen que enfrentar los judíos, otra vez por judíos, en diferentes países árabes. En los países "más civilizados" se empieza a negar el Holocausto para borrarlo de las conciencias.

Por todo esto es necesario volver al análisis del tema del antisemita y el judío. En Francia, Sartre tuvo el pundonor, el valor, de ser el primero en tratar ese tema tan espinoso.

Antisemite and Jew apareció en Estados Unidos en 1948 por primera vez. En francés se publicó originalmente como *Réflexions sur la Question Juive*, en 1946.

Sartre empezó a escribir este pequeño volumen en octubre de 1944, cuando "los judíos que no fueron asesinados o deportados por los alemanes vuelven a sus hogares. Muchos fueron de los primeros miembros de la Resistencia; otros tuvieron hijos o primos en el ejército de Leclerc. Ahora Francia se regocija y fraterniza en las calles; el conflicto social parece temporalmente olvidado y los periódicos dedican columnas enteras a las historias de los prisioneros de guerra y de los deportados pero, ¿mencionamos algo a propósito de los judíos? ¿tenemos un pensamiento para quienes murieron en las cámaras de gas de Lublín? Ni una sola palabra. Ni una línea en los periódicos. Esto es así porque no debemos irritar al antisemita; más que nunca necesitamos unidad. Los periodistas bien intencionados dirán: en interés de los mismos judíos, no sería conveniente hablar mucho de ellos en estos momentos. Durante cuatro años la sociedad francesa ha vivido sin ellos; es mejor no enfatizar con demasiada fuerza el hecho de que han reaparecido".[2]

El objetivo del libro es presentar la situación, o mejor dicho, las circunstancias del francés judío en la Francia de la postguerra, la guerra que todavía era una herida abierta.

Las partes, o los temas, por orden de presentación en sendos capítulos de muy diferente extensión, son:

El antisemita declarado.

El antisemita oculto o ignorado en el tibio amigo del judío: el demócrata.

El judío.

El primero ocupa 54 páginas, el segundo 4 y el tercero 82. El epílogo o capítulo cuarto contiene la proposición sartreana en diez páginas.

La sucesión temática guarda la intención clásica de presentar primero la substancia y después el accidente: el antisemita y el judío en sus modalidades sartreanas de autenticidad e inautenticidad.

Para Sartre, el antisemitismo no es una molécula cerrada en sí misma, independiente del resto de la personalidad del antisemita. No es una idea protegida por el derecho a la libre opinión o resultado de causas externas. "Lejos de ser la experiencia la productora de su idea del judío, era ésta la que explicaba su experiencia. Si el judío no existía, el antisemita lo inventaba.."[3] El antisemitismo es ante todo una pasión. Una pasión que se dice justificada por racionalismos pueriles, comprobada en cien casos y en los recuerdos investigados por Sartre. Es una posición asumida no sólo ante los judíos, sino ante el hombre en general, ante la historia y la sociedad; es a la vez y al mismo tiempo una pasión y una concepción del mundo. Es una totalidad sincrética.

La pasión del antisemita se nutre de ira y odio e interpreta estas emociones de manera especial para convertirlas en verdaderamente ofensivas. Elige vivir en el plano de la pasión y no de la razón, no ama el objeto de su pasión sino el estado de pasión. El razonamiento basado en la pasión trata de defender, por todos los medios posibles, las opiniones dictadas por el amor o los celos, la ira o el odio. "Desconfiamos de las aberraciones de la pasión y de lo que se llama monoideísmo."[4]

"Un destructor en función, un sadista de corazón puro, el antisemita es, en lo más profundo de su corazón, un criminal. Lo que quiere, lo que prepara, es la muerte del judío."[5]

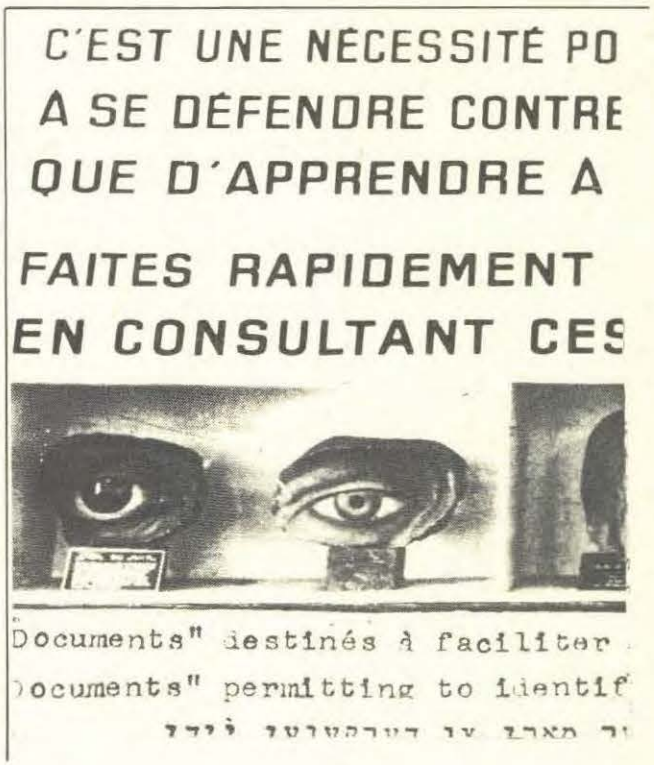
Y una se pregunta: ¿Por qué elige un hombre la pasión por la pasión? ¿Cómo puede convertir el estado apasionado en una forma total de ser? y finalmente, ¿por qué y cómo es que ese estado apasionado singulariza al judío como su víctima, al margen de elaborar su objeto en el odio?

Sartre responde a estas preguntas con su antropología filosófica: la existencia humana no es un hecho dado, sino un proyecto en situación. El hombre es un ser en una situación —biológica, económica, política, cultural, etc.—" que toma significado por el hombre que elige en ella y por ella. Estar en situación es elegirse a sí mismo en una situación y ser auténticamente o elegir una forma de huída o evasión y ser inauténtico. Lo común a todos los hombres es una condición, es decir, un conjunto de límites y restricciones: la inevitabilidad de la muerte, la necesidad de trabajar para vivir, de vivir en un mundo habitado por otros hombres. Esta es la condición humana básica, el conjunto de características abstractas comunes a todas las situaciones.

Elegir ser auténticamente es preferir una humanidad frágil e incierta, un razonamiento tentativo en búsqueda incesante de la verdad. Pero hay quienes se sienten espantados por la forma de la verdad, su aproximación infinita, pues ni siquiera conciben el contenido de la verdad: no quieren titubeos, lo quieren todo y de una vez para siempre; quieren opiniones innatas sin investigaciones ni cambios. Se sienten atraídos por la durabilidad de la piedra, quieren ser masivos e impenetrables, tienen un "temor básico de sí mismos y de la verdad".[6] Sólo la pasión les puede dar certidumbre petrea y frenar la razón. Sólo la pasión es impenetrable a la experiencia, y dura toda la vida.

"El antisemita ha elegido el odio porque el odio es una fe; desde el principio ha elegido devaluar las palabras y las razones",[7] como resultado se siente completamente a gusto y su convicción es inconmovible. Inspira terror y establece indudablemente su pasión, aunque se sienta un hombre común, mediocre y no superior individualmente al judío. Admite que "la inteligencia es judía" porque la desprecia. En cambio, él tiene la tradición, la costumbre, el saber y la propiedad de su provincia, de su pueblo; aunque el judío tenga dinero, bienes y títulos de propiedad que son abstracciones relacionadas con su inteligencia abstracta y no con la verdadera propiedad que nunca alcanza. El judío puede hablar el francés más culto, pero no lo comprende realmente, como el más humilde de los franceses, porque no le pertenece. "Las únicas cosas que cuentan son irracionales, y son justamente estas cosas las que les son negadas a los judíos por siempre. Así el antisemita tema su posición desde el principio en el terreno del irracionalismo."[8]

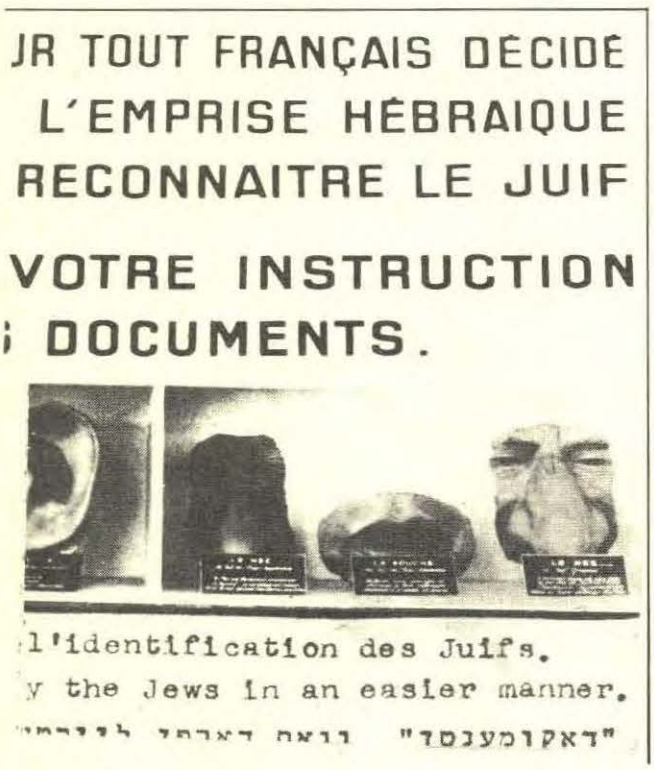
Si alimenta su ira contra los judíos ladrones se pone a sí mismo en la posición envidiable de quien puede ser robado. Poseedor de su país y de su lengua, se afirma como el verdadero francés junto con sus semejantes y contra los judíos aunque sean franceses. Sartre llama al antisemitismo "snobismo del hombre pobre".[9]



El antisemitismo no sólo es la alegría de odiar, también conlleva placeres positivos: tratar al judío como un ser inferior y pernicioso le permite afirmar su pertenencia a la élite, estar entre los hombres superiores sin tener que merecerlo y sin correr el peligro de perderlo. Al elegir la permanencia de la piedra para su personalidad, elige una moralidad de valores petrificados y es irresponsable. Poseedor del derecho innato a la totalidad indivisible de su país, integra una comunidad mecánica dentro de la sociedad organizada, basada en la solidaridad y vinculada por la ira. El individuo se ahoga en el grupo y sus reacciones y pensamientos son puramente primitivos.

Por temor a la condición humana, el antisemita "elige lo irremediable por temer a estar solo y por orgullo convierte esta mediocridad irremediable en una aristocracia rígida. Para este fin encuentra absolutamente necesaria la existencia del judío... Está en la infeliz posición de tener necesidad vital del mismo enemigo que quiere destruir."[10]

Puesto que el antisemitismo sobrevive las grandes crisis del odio a los judíos, la sociedad formada por los antisemitas permanece latente durante los periodos normales, con todos los antisemitas celebrando su existencia. Cuando afirman la unión de todos los franceses piensan en el pogrom y en este sentido se viven empeñados en la lucha del individuo contra la autoridad real pero difusa de la verdadera Francia frente a una Francia abstracta, oficial, manejada por los judíos, contra la cual es adecuado rebelarse. El antisemita "desea colocarse más allá de la ley y al mismo tiempo escapa de la conciencia de su libertad y aislamiento."[11]



El antisemita recurre al espíritu de síntesis para entender al mundo y se apoya en el principio que dice: "Un todo es más y diferente que la suma de sus partes; un todo determina el sentido y características de las partes que lo componen."[12] Luego, el judío no es un ser esquemático definido solamente por su función, bajo la ley administrativa; o por su *status* o sus actos, bajo el código. Es un ser reconocible por su físico, por el color de su pelo, quizá por su ropa, y por su carácter. El judío es totalmente malo porque es totalmente judío y contamina cuanto toca. Esta es la convicción primitiva revestida más tarde con explicaciones basadas en la herencia y la raza. Hemos de agregar al margen de Sartre: aún hoy, después de la macabra consecuencia del concepto de raza en el nazismo, se sigue usando el término raza para diferenciar a los integrantes del género y especie raza humana. Pero volviendo a Sartre, el horror al judío es anterior a Mendel y Gobineau, se basa en una esencia metafísica inexplicable que explica los actos del judío por

> "un principio metafísico que lo lleva a hacer el mal bajo todas las circunstancias aunque incluya destruirse a sí mismo. Uno puede sospechar que este principio es mágico. Por un lado, es una esencia, una forma sustancial, y el judío, no importa lo que haga, no puede modificarla... Por el otro, es necesario para poder odiar al judío."[13]

Por él llegó el mal a la tierra y todo el mal de la sociedad se le puede imputar directa o indirectamente.

En el fondo, el antisemitismo resulta de una forma de maniqueísmo: el mal —judío— y el bien —antisemita—. El bien consiste sobre todo en destruir el mal y, como consecuencia, la armonía se restablecerá espontáneamente. La tarea del antisemita es puramente negativa y el final de su combate sólo puede ser una destrucción santa.

Esta posición tiene muchas ventajas: favorece la pereza mental, la actividad mental se confina a la interpretación. Canaliza los impulsos revolucionarios hacia la destrucción de ciertos hombres y no de instituciones, representa una válvula de seguridad para las clases poderosas que la propician. Sobre todo, reafirma al antisemita. Si sólo tiene que destruir el mal, significa que el bien ya está dado. Cada una de sus explosiones de ira es un pretexto para evadir la búsqueda angustiosa del bien.

En el psicoanálisis sartreano el maniqueísmo oculta una profunda atracción hacia el mal. Para el antisemita, el mal es su ocupación, "su porción de Job".[14] Se encuentra en la primera fila de la sociedad luchando de espalda a las virtudes puras que defiende. Por eso se obsesiona en el acopio de anécdotas reveladoras de la lubricidad y ambición por el dinero, los trucos y traiciones de los judíos, mientras él se recubre y envuelve con la alta moralidad francesa. Temoroso de ser diferente, su moralidad se muestra en los tabúes más estrictos, en los imperativos más rigurosos y gratuitos.

Uno de los elementos del odio del antisemita es su profunda atracción sexual por los judíos. Basta recordar el papel de las judías en el folklore y la literatura: violadas o golpeadas, si escapan a la deshonra es por la muerte y si conservan su virtud son sirvientas dóciles o mujeres humilladas. Otro elemento es el sadismo ejercido sin culpa en un ser indefenso. Se puede golpear y torturar judíos sin miedo. El antisemita se rodea con mucha frecuencia de amigos judíos, justificándose porque son "excepcionales" o "son diferentes a los otros". Los antisemitas que no buscan la muerte del judío, la substituyen con medidas para su humillación, su desaparición que es otra forma de asesinato.

> El antisemita "se elige como persona. Elige la irresponsabilidad total del guerrero que obedece a sus líderes —y no tiene líderes. Elige no adquirir cosa alguna, merecer nada: asume que todo le es dado por derecho de nacimiento— y no es noble... El judío sólo le sirve como pretexto; en otro lugar su contraparte será el negro o el hombre de piel amarilla... En breve, el antisemitismo es temor de la condición humana. El antisemita es un hombre que desea ser piedra sin piedad, un torrente furioso, una centella devastadora, cualquier cosa, excepto un hombre".[15]

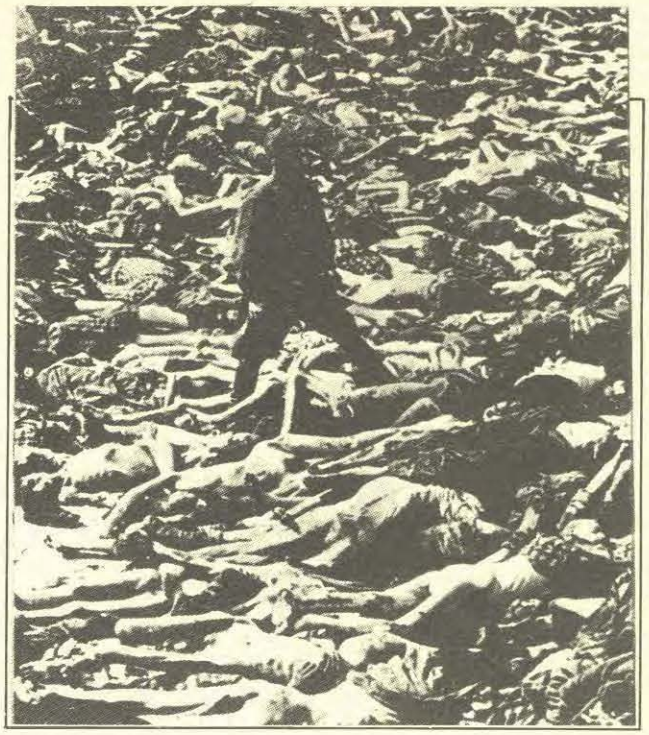
El antisemita declarado es el enemigo implacable del judío, pero no el único. Está también su amigo tibio, el demócrata, quien tiene mucho que hacer y se ocupa del judío cuando tiene tiempo. El judío tiene "enemigos apasionados" y "sólo defensores faltos de pasión", pues, mientras el antisemita odia al judío como judío, el demócrata lo defiende únicamente como hombre. Sartre une a los dos y define la situación del judío francés diciendo:

> "(el antisemita) quiere destruir (al judío)... como hombre y dejar en él al judío, al paria, al intocable; (el demócrata) quiere destruir en él al judío y dejar en él sólo al hombre, al sujeto abstracto y universal de los derechos del ciudadano... El antisemita reprocha al judío ser judío. El demócrata le reprocha el que *se considere* neciamente judío."[16]

El segundo objetivo de Sartre es analizar lo que el judío puede hacer y ser en esta situación que es una aporía.

Sin duda el análisis sartreano desenmascara mitos prevalentes acerca del antisemita y el demócrata, por ejemplo: sostener que el antisemitismo es causado por los vicios judíos o que puede curarse por las virtudes judías. Hablar de características físicas o cívicas inconfundiblemente judías. O que la amistad del demócrata hacia el judío meramente como hombre es una respuesta adecuada al antisemitismo.

Al mismo tiempo, Sartre no logra identificar la singularidad del racista y del antisemita. El "racista" que proyecta su odio al hombre negro o amarillo quiere conservar a su víctima en un estado permanente de sumisión. El antisemita quiere la muerte de su víctima y lo ha demostrado de manera rotunda en nuestra época, mientras



el silencio del demócrata le asistía. El demócrata que defiende al hombre negro o amarillo "como hombre" se rinde cuando es confrontado bélicamente por su víctima. Sin embargo, ninguna acción por parte del judío persuadirá al demócrata sartreano de abandonar su reproche al judío por considerarse "neciamente judío". En el momento de la verdad, le exige únicamente al judío que sea un hombre en general y no en particular.

Esto puede explicarse por la misma filosofía sartreana en la cual el hombre está condenado a ser libre. Condenado porque se encuentra en situación debido a fuerzas absolutamente fuera de su control; libre porque debe escoger absolutamente dentro de las condiciones de su estar en situación. Un dualismo radical donde el hombre es totalmente irresponsable de su situación y a la vez totalmente responsable de su ser. Las virtudes de esta posición están en el énfasis dado a la decisión en la situación y el rechazo a la huida hacia un universal abstracto o a un futuro fantasioso. Los vicios más notables son el rechazo a asumir la responsabilidad por una situación que puede ser alterada por la acción colectiva si no por la individual, y la adscripción de responsabilidad total al individuo por su ser que fue niño antes de alcanzar la libertad adulta. Sartre permite que los conceptos abstractos se interpongan en su confrontación con la realidad que trata de describir minuciosamente y de calificar sin tapujos. Pero la interposición es flagrante cuando separa el presente existencial de su pasado histórico. El antisemita sartreano es antisemita por accidente y su ser total es el odio. El antisemita real, tan bien descrito por Sartre lo es esencialmente y el odio no es todo su ser, aún llega a combinar el odio al judío con la piedad cristiana y la generosidad social. Al demócrata sartreano sólo le falta pasión. El demócrata real es un antisemita de especie diferente, la especie preparada por la Revolución Francesa para darle a los judíos como hombres todo bajo la condición de no darles nada como judíos.

La realidad se distorsiona, al igual que la ética. Por un lado, Sartre hace totalmente responsables a los antisemitas y a los demócratas por antisemitas; por otro, implica que la tradición de la cual surgen es una situación que sólo puede ser aceptada. Pero no se puede aceptar simplemente una situación que en la práctica ha dado origen al Holocausto y la deshumanización más allá de los adjetivos. Este hecho exige una revolución moral. Sartre intentará iniciarla, con muy buena intención y resultados sorprendentes, en la solución ofrecida en las últimas páginas de su texto.

Sartre ha fracasado en parte al confrontar la situación del antisemita, aunque se circunscriba a la Francia de 1946. Pero al confrontar al judío, su fracaso es total. Después de exponer al judío del antisemita como un mito, ahora va a crear su propio mito. La causa sigue siendo la interposición de los conceptos entre el pensador y la realidad.

> Sartre define al hombre como el "ser que tiene libertad dentro de los límites de una situación... (la autonomía es) tener una conciencia verdadera y lúcida de la situación, asumir la responsabilidad y los riesgos que entraña, aceptarla con orgullo o humillación, a veces con horror y odio... Los judíos no tienen comunidad de intereses o comunidad de creencias. No tienen la misma patria; no tienen historia. El único lazo que los une es la hostilidad y el desdén de las sociedades que los rodean".[17]
>
> "Ser judío es estar arrojado —estar abandonado— en la situación de un judío; y al mismo tiempo es ser responsable de y a través de la propia persona del destino y la naturaleza misma del pueblo judío... es como si todos sus actos estuvieran sujetos a un imperativo kantiano, como si tuviera que preguntarse antes de cada acto: ¿Si todos los judíos actuaran como yo voy a hacerlo, que le acontecería a la vida judía?"[18]

El judío puede ser inauténtico o auténtico. Cualquier cosa que elija el primero, ser racionalista, amante de la humanidad, munificente, o devoto músico, matemático, físico, literato o trabajador social, etc., no es más que la huida de la condición judía definida por sus enemigos apasionados o por sus tibios amigos. Trata de negar lo que afirman los otros como su ser y sólo a él se le exige que demuestre con su ser su no ser. "Se ha permitido ser convencido por los antisemitas: es la primera víctima de su propaganda."[19]

Aunque trate de diluirse en la sociedad, de asimilarse, y ser aceptado como hombre no lo logra "porque nunca es aceptado como hombre, sino siempre y en todas partes como judío, el judío es inasimilable".[20]

El judío auténtico abandona el mito del hombre universal: se conoce y se coloca en la historia como una criatura condenada. "Sabe que es alguien que está aparte, intocable, despreciado, proscrito —y es como tal que afirma su ser."[21]

No sólo no puede alterar o escapar de tal situación, sino más allá, aún dentro de los límites de su situación de judío, por más auténtico que sea, no tiene más libertad que aceptar con orgullo y reto su "condena". Su judaísmo —y para Sartre no existe el judaísmo, sino sólo el ser judío, el adjetivo— no tiene contenido. El judío auténtico "*se hace a sí mismo judío*, frente a todos y contra todos. Acepta todo, hasta el martirio, y el antisemita, privado de sus armas, debe contentarse con aullarle al judío cuando lo ve pasar y ya no lo puede tocar."[22] Como todo hombre auténtico, no puede ser definido.

Sartre trata de fundamentar esta conclusión de ser judío como consecuencia del antisemitismo recurriendo a los hechos, pero es tan extraordinario su manejo de lo que llama hechos que no sé porqué deban ser considerados fácticos: "La comunidad judía no es una comunidad concreta histórica básicamente nacional y religiosa... la podemos llamar una comunidad histórica abstracta. Su dispersión implica la ruptura de tradiciones comunes... sus veinte siglos de dispersión e impotencia política prohiben que tenga un pasado histórico."[23]

La realidad es todo lo opuesto a esta proposición: los judíos son la única comunidad existente en el occidente donde religión y nacionalidad aún no se pueden distinguir nítidamente, ambas se expresan en la tradición que en su núcleo no reconoce fronteras de ninguna clase; todos los judíos del mundo, religiosos o no, celebran la Pascua que es a la vez la fiesta de la liberación de la primera esclavitud del pueblo de Israel.

Pero, continúa Sartre, "Si es cierto, como dice Hegel, que una comunidad es histórica en la medida que recuerda su historia, entonces la comunidad judía es la menos histórica de todas, porque nada más guarda la memoria de un largo martirio, esto es, de una larga pasividad."[24] De acuerdo con las medidas hegelianas, ¿no es la comunidad judía la más histórica? Durante dos milenios ha fincado su existencia solamente en la memoria —y la esperanza alimentada por ella— y esta memoria ha incluido mucho más que la pasividad, además de ser enriquecida con las producciones de cada época, de tal manera que ha hecho posible la hazaña sin precedente del resurgimiento, por continuidad, de la nación después de una dispersión de veinte siglos.

Para Sartre, "los judíos no pueden sentir orgullo de ningún trabajo colectivo que sea específicamente judío, o en una civilización que sea propiamente judía, o en un misticismo común."[25] Tal vez esta afirmación sea la que denota una mayor distancia de la realidad, pues ahí están las huellas de los judíos en todas partes donde han vivido. El trabajo colectivo, ya no se diga en hebreo, sino en idish y ladino, idiomas que sólo son hablados cotidiadamente por los judíos desde que fueron integrados, con toda su creación literaria; las formas específicas de organización social atendiendo a las necesidades comunitarias sin autoridades cohercitivas y con eficacia civilizada en los medios más dispares y antagónicos. Los grandes cuerpos místicos como el Talmud, la Kabalah o el Hasidismo. Todo esto y más, a pesar de la adversidad, integra, quizá, la historia más larga, más ininterrumpida, más singular, más viva del occidente.

La descripción sartreana de judío deja fuera al judío militante que toma las armas para defenderse de sus enemigos, al judío idishista que toma nota de sus enemigos para elaborar su seguridad, pero no su identidad, y al judío religioso que reconoce a los "condenados", si es que los hay en el devenir humano, en los asesinos y no en sus víctimas.

A partir de su concepto de una comunidad "quasi-histórica", Sartre afirma que los judíos no deben considerarse elemento extraño a la sociedad. Todo lo contrario, el judío como factor espiritual contribuye al engrandecimiento de Francia. Aún las características del judío inauténtico —su racionalismo, su espíritu crítico, su sueño de una sociedad contractual y de hermandad universal, su humanismo—, lo hacen un fermento indispensable en la sociedad.

Lo que Sartre propone en un "liberalismo concreto".

> "Desde el momento que son participantes en la empresa nacional, tienen un derecho en esa empresa; son ciudadanos. Pero tienen esos derechos *como* judíos... Es con su carácter, sus costumbres, sus gustos, su religión si tienen alguna, su nombre y sus rasgos físicos que *debemos aceptarlos*. Y si esa aceptación es total y sincera, el resultado será, primero, hacer más fácil la elección de autenticidad del judío, y después, poco a poco, hacer posible sin violencia y por el curso de la historia, la asimilación."[26]

Mientras se alcanza ese liberalismo concreto y la revolución social hace desaparecer las clases de la sociedad, la propiedad privada y el antisemitismo, y con él al judío,

> "debemos luchar por el judío, no más ni menos que por nosotros... No son los judíos quienes deben ser los primeros en formar una liga militante contra el antisemitismo; nos toca a nosotros... Ningún francés estará seguro mientras un judío —en Francia o en el mundo— pueda temer por su vida".[27]

Hermoso pensamiento de un amigo infatigable de los judíos. Luego su falsa perspectiva debe originarse en su filosofía, sobre todo en su negación de la historia. Si el judío es cercenado de su historia (al igual que el antisemita y el demócrata son cercenados de la suya) no es cuestión de hechos empíricos, sino más bien de decreto filosófico. Sin embargo, donde el antisemita se volvería racista si no hubiera judíos, el judío, si no hubiera antisemitas, simplemente desaparecería.

El judío auténtico es un judío circunstancial sin pasado ni futuro como judío, poseedor de una libertad esclavizada por el antisemita que le da el ser. La libertad sólo se la puede dar la desaparición del antisemita y aquí está la solución de Sartre: la desaparición del judío en la asimilación, pues ya no habrá situación de judío. En la misma línea da la alternativa al judío auténtico de ser el creador del Estado de Israel, pero seguramente tendría que inventar sus razones para estar ahí y no en cualquier otra parte; puesto que no tiene historia el Estado de Israel sería un injerto de antisemitismo y necedad independentista, creación que quiere vivir y alimentarse de la ne-

gación del antisemitismo. No se puede pensar ni siquiera en un eclipse de dos mil años en la historia de Israel, ya que el eclipse supone la existencia del astro oculto y para Sartre el judío no tiene ser, ni puede tener historia. Antes de Israel y fuera de Israel vive gracias a los mendrugos ontológicos que la pasión antisemita le impone. O enfrenta la muerte, violenta si es como judío sin más, o voluntaria en la aceptación y amor de Sartre. En cuanto al que vuelve a Israel. Habría que pensar en él como israelí, una forma nueva de ser en el mundo que no sería ni judía ni defendible históricamente, se entendería sólo como sentido de culpa del mundo para dejar en manos de la historia real de otros pueblos el ser y el futuro del Estado de Israel. Se vuelve a cerrar el círculo.

Pero ésta no es la última palabra de Sartre al respecto, si pudiera agregar un calificativo extra filosófico sería: afortunadamente para el hombre Sartre, aunque contradiga al filósofo, o mejor, el filósofo puede asomarse auténticamente por un momento a la existencia judía.

En 1967 Sartre visitó el Estado de Israel y dijo: como primera impresión, decir judío ya no es un acto antisemita gracias al Estado de Israel y en Francia podré llamar judío a Jan Kelevich sin temor de parecer antisemita. Es una forma de liberación —no sólo evidencia de vuestra liberación, sino una liberación para el no judío mismo.[28] Sartre admitía, en un tributo a Israel, que la situación judía, considerada inmutable en 1946, había sido derrumbada, al igual que otros conceptos, por el judío mismo. El judío ya no era definido por los otros. Ya no existía sin tradición y sin historia, el judío tenía ambas, y el francés se podía liberar de ser asesino, antisemita, o un demócrata poco admirable como hombre ético.

En la misma entrevista dijo encontrar en muchos judíos una profundidad que es histórica y "una voluntad de preservar la tradición histórica en un sentido más profundo... Antes de venir, no sabía lo que era la tradición judía, paro sabía que la mayoría de los judíos que venían para acá estaban profundamente ligados por algo —necesitaríamos más tiempo para descubrir lo que es ese algo, pero de cualquier modo, es una tradición".[29]

Después, en otra entrevista, Sartre brinca para atrás, cuando dice que el sionismo le resulta inaceptable porque implica una motivación activa para que los judíos se transporten a otra patria, con lo que se plantea el problema de la dualidad de lealtades, en especial ofensiva para los países socialistas, "celosos de su soberanía" porque anima al antisemitismo y porque equivale a una traición. No se puede permitir ser socialista y judío a la vez. Nuevamente debe sacrificarse el ser judío porque los socialistas inseguros tienen problemas éticos.

El sionismo es aceptable para Sartre en medidas extrañas que se debaten en el plano de la moral y el derecho. Es aceptable para los judíos que se encuentran en Israel, pues les asiste el derecho de estar ahí. Apoya la existencia de Israel, con sus condiciones, donde de pronto comprendió la existencia de historia y tradición, derecho a la existencia de cualquier pueblo, también del judío. Pero, "si alguien es sionista, no es izquierdista, porque quiere un estado basado en la raza".[30]

Es el Sartre que en 1946 demostró que el antisemitismo no es causado por el comportamiento judío y que el concepto de raza aplicado a los judíos es un mito.

Al final de tantos ires y venires lo que no se encuentra en Sartre es un reconocimiento de su perplejidad ante el judío que existe por las razones negativas del antisemita que lo crea para destruirlo, lo que inspira en Sartre el impulso de salvar la vida del judío y hacerle fácil el tránsito a la desaparición. Pero no. Inexplicablemente, el judío persiste y quiere ser judío por amor a su pasado histórico y a la justicia que viene dibujando desde la Biblia, aunque esté siempre en el futuro. Elige formar parte de esa comunidad específica y formarse en ella —y puede desvincularse como lo demuestran los no judíos que suelen citar algún antepasado que fue judío. Elige ser judío y tener ciudadanía, ya sea israelí, pues los israelíes no son privativamente judíos, con mayor libertad de expresión para su forma judía de ser, o ciudadano de otro país, y entonces sigue en la cuerda floja que además de peligro implica una mayor conciencia de ser y de cada uno de sus movimientos. Ciertamente una situación que despierta desconcierto y en ella se quedó Sartre.

NOTAS

1. Hanna Arendt, *The Origins of Totalitarianism*.
2. Jean Paul Sartre, *Anti-Semite and Jew*, p. 71.
3. *Ibid*, p. 13.
4. *Ibid*, p. 18.
5. *Ibid*, p. 49.
6. *Ibid*, p. 19.
7. *Ibid*, p. 19.
8. *Ibid*, p. 25.
9. *Ibid*, p. 26.
10. *Ibid*, p. 27-28.
11. *Ibid*, p. 31.
12. *Ibid*, p. 34.
13. *Ibid*, p. 39.
14. *Ibid*, p. 45.
15. *Ibid*, p. 53
16. *Ibid*, p. 73-74, 57-58.
17. *Ibid*, p. 90-91.
18. *Ibid*, p. 89-90.
19. *Ibid*, p. 94.
20. *Ibid*, p. 100.
21. *Ibid*, p. 136.
22. *Ibid*, p. 137.
23. *Ibid*, p. 66.
24. *Ibid*, p. 66-67.
25. *Ibid*, p. 85.
26. *Ibid*, p. 146-147.
27. *Ibid*, p. 151-152-153.
28. *New Outlook*, p. 14, *et seq*.
29. *Ibid*, p. 18-17.
30. Sartre Looks at the Middle East Again, p. 12-13-15.

BIBLIOGRAFIA

Arendt, Hannah, *The Origins of Totalitarianism*, A Harvest/HBJ Book, New York, 1973.

Sartre, Jean Paul, *Anti-Semite and Jew*, Schocken, New York, 1967

New Outlook, May, 1967.

"Sartre Looks at the Middle East Again", *Imperialism and the Middle East*, London: Ad Hoc Committee for Peace in the Middle East, n. d.